

# *Escribir la historia de las mUJoeres: una experiencia francesa*

*Michelle Perrot*

Escribir la historia de las mujeres es una tentativa relativamente nueva y, en sí misma, reveladora de un profundo cambio. Se basa en la adhesión a la idea de que las mujeres tienen una historia, que no están únicamente dedicadas a la reproducción, que son a menudo protagonistas y que hay una historicidad de los actos cotidianos, una historicidad de las relaciones entre los sexos. Escribir este tipo de historia es tomarla en serio, querer salir triunfante del espinoso problema de las fuentes («de las mujeres no se sabe nada», decimos como excusa). Es también atacar la propia estructura de un relato presentado como universal, según las palabras mismas que lo constituyen, no solamente para hacer aparecer los espacios en blanco, los eslabones que faltan, sino para sugerir otro tipo de posible lectura.

Esta tarea, seguramente ambiciosa, se ha desarrollado no obstante en el mundo occidental desde hace unos veinte años. Hay ya una teoría y una historiografía de la historia de las mujeres, acerca de las cuales se pueden intentar los primeros balances críticos, interrogándose acerca del sentido, las dificultades y los efectos de esta aproximación. Sería especialmente interesante llevarlo a cabo en los distintos espacios nacionales con un espíritu comparativo y receptivo.

Yo querría hacerlo aquí apoyándome en la experiencia francesa, sin pretender abarcarla en su totalidad, pero siguiendo más de cerca

*l'Histoire des Femmes en Occident* (La *Historia de las mujeres en Occidente*), bien conocida por los historiadores e historiadoras españolas a través de la traducción publicada en Taurus, edición considerablemente embellecida por la elección de unas ilustraciones mucho más abundantes, y sobre todo por las contribuciones que tratan más particularmente de la historia de las mujeres españolas, insuficientemente tenida en cuenta en las versiones italiana y francesa. Aunque considerando las dificultades y las carencias de una tarea de esta índole, sí se pone de manifiesto la posibilidad de un proceso dinámico de desarrollo de la investigación.

Ahora bien, en esta ocasión me centraré en la experiencia francesa. ¿Qué significa ésta en el campo de las investigaciones históricas y en aquel, más amplio, de las ciencias humanas? ¿Qué significa en conexión con el feminismo y con las relaciones de sexos en la sociedad francesa?

Trataré ante todo de situarla. Después evocaré su génesis. Finalmente hablaré de algunos de los problemas y debates que ha generado y de los que ha tratado un coloquio reciente <sup>1</sup>.

## 1. Situaciones

En primer lugar, algunas palabras de presentación: de mi itinerario intelectual como testimonio <sup>2</sup>; de *l'histoire des Femmes en Occident* como objeto-test.

En lo que a mí concierne, en un principio he sido -durante largo tiempo e incluso todavía ahora- una historiadora de lo social y del mundo obrero. Pertenezco a una generación en la que los maestros fueron Camille-Ernest Labrousse y Fernand Braudel: las coyunturas y las estructuras, las crisis y la economía-mundo, la larga duración de la evolución campesina y el movimiento obrero fueron nuestros primeros horizontes. En los años cincuenta la clase obrera era la protagonista, encarnación de la injusticia, llave de nuestro

---

<sup>1</sup> Es por ello que hemos organizado en octubre de 1992 un coloquio en la Sorbona a propósito de *l'Histoire des Femmes en Occident*, suscitando nosotras mismas «lecturas críticas». En Francia, el principal riesgo que acecha a la historia de las mujeres es el silencio y la indiferencia.

<sup>2</sup> PERROT, Michelle, «L'air du temps», en *Essais d'Ego-Histoire*, bajo la dirección de NOHA, Pierre, París, 1987.

futuro y del futuro del mundo. Hacer su historia era una forma de acercarse a ella. Esta convicción no tenía nada de específicamente francés; obras como las de Thompson, recientemente desaparecido (agosto de 1993), y de Eric Hobsbawm hunden sus raíces en ella. Obviamente esta orientación no es específicamente femenina, aun cuando las mujeres se encuentren, por su larga exclusión de lo político, más ligadas a lo social, en cuyo ámbito estarían dispuestas a llevar a cabo su quehacer político. (Una George Sand en el siglo XIX no pensaba de manera distinta.) En estas condiciones las diferencias entre sexos cuentan menos que la lucha entre clases y que la opresión de los colonizados. La palabra de Simone de Beauvoir (*Le Deuxieme Sexe* aparece en 1949) tuvo al principio menos impacto que su ejemplo. Por otra parte, gran número de historiadoras de lo social se han interesado después en la historia de las mujeres, como si hubiera una transferencia de energía de un actor anémico a unas estrellas fulgurantes; y ello no es indiferente por lo que respecta a la transferencia de las categorías de análisis. La historia de las mujeres se inscribe en una genealogía de las representaciones y del lenguaje.

En segundo lugar me referiré a *l'Histoire des Femmes en Occident* como objeto-testigo y punto de cristalización de las nuevas investigaciones. Es una aventura editorial (¡la palabra es ambiciosa, pero se tienen las aventuras que se puede!) cuyo desarrollo es el siguiente. La iniciativa procede de un editor italiano, Laterza, casa de tipo familiar muy activa en el sector de las ciencias humanas y sociales, conocida también por su resistencia al fascismo en el período de entreguerras, sus lazos con la izquierda intelectual y por estar al acecho de las innovaciones. Laterza había traducido con mucho éxito *l'histoire de la Vie Privée* (publicada en Seuil), dirigida por Philippe Ariès (muerto en 1985) y Georges Duby; yo, por mi parte, había dirigido el tomo IV (siglo XIX) de esta Historia. Laterza se pone en contacto con Georges Duby en la primavera de 1987, éste se dirige a mí y yo consulto a las historiadoras con las que ya trabajaba desde años atrás en este campo. Después de dudas y discusiones aceptamos. Era un desafío a la vez feminista y europeo. El hecho de que fuera una iniciativa masculina no nos incomodaba realmente. Al contrario. Veíamos en ello la señal de que se tomaba en consideración nuestro trabajo y la ocasión y el medio para salir del *ghetto*. Además estos «hombres» no eran desconocidos. Georges Duby es el prestigioso historiador que todo el mundo sabe. Había introducido en su obra,

desde hacía algunos años, la historia de las mujeres (*Le chevalier, la femme y la prêtre. Le mariage dans la France féodale*, París, 1981), así como en sus cursos en el Colegio de Francia, convencido de que las relaciones entre los sexos eran una dimensión mayor de la historia y de nuestro tiempo. Si subrayo este punto es para responder a las objeciones ulteriores que se nos han hecho por aquellas que habrían deseado una total autonomía femenina en esta empresa. Sin duda, esto ilustra nuestra debilidad objetiva en el campo institucional y editorial, quizá una cierta falta de ambición que merecería ser analizada, pero también la vía que por fuerza y por elección habíamos seguido: la de la integración más que la de la secesión.

Estas son, además, en cierta medida, las mismas razones que nos hicieron escoger para la edición francesa no las Editions des Femmes, que, sin embargo, nos habían hecho ofertas, sino una editorial más importante (la de Lévi-Strauss, Ariès y Foucault en sus inicios), Plon, en la que trabajaba por entonces una de nuestras amigas, Laure Adler. Las Editions des Femmes/Antoinette Fouque eran conocidas por su opción «Psicoanálisis y Política», su rechazo inicial al feminismo igualitario, su escaso interés por la historia. Muchas de entre nosotras habíamos tenido, en los años 1975, altercados con Antoinette Fouque -mujer muy notable por otra parte- sobre la cuestión de las siglas del MLF. Pero en el fondo había sin duda entre ella y nosotras una diferencia relativa a la concepción de las relaciones entre los sexos. Nosotras permanecíamos en la línea, quizá más tradicional, de Simone de Beauvoir, cuya trayectoria global se integraba mejor con nuestro trabajo de historiadoras que la reflexión sobre lo femenino, brillantemente desarrollada por Hélène Cixous, Luce Irigaray o Julia Kristeva. Estos problemas fundamentales, sobre los que volveré, son de otro orden. Pero como puede verse nada es inocente y las decisiones más anodinas en apariencia envuelven opciones más profundas. El campo de los estudios feministas no escapa más que otros a «una sociología de intereses» que los jóvenes discípulos de Pierre Bourdieu, por otra parte, han decidido aplicarle<sup>3</sup>.

Pero volvamos, para terminar en poco tiempo, a la IIDFO (a partir de ahora abreviaremos el título completo de *Histoire des Femmes en Occident*). Aceptarnos, por tanto, la proposición de Laterza. Pau-

<sup>3</sup> Tesis de Sandrine García sobre el feminismo francés contemporáneo, bajo la dirección de Pierre Bourdieu, Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, 1993.

line Schmitt-Pantel, Christiane Klapisch-Zuber, Arlette Farge, Geneviève Fraisse, Françoise Thébaud admitieron dirigir los cinco tomos de esta historia. Natalie Zemon Davis accedió de buen grado a colaborar con Arlette Farge para la época moderna. La obra se ha llevado a cabo de 1988 a 1990 y ha sido publicada paralelamente en Italia y en Francia entre 1990 y 1992. Setenta y dos colaboradores (60 por 100 franceses y 75 por 100 mujeres) han escrito alrededor de 3.000 páginas. La obra se encuentra en curso de ser traducida a otras seis lenguas (la edición americana en manos de Harvard University Press). Es un objeto que en adelante se nos escapa. Y nuestra elección suscita debates a los que me referiré nuevamente.

Pero, volviendo atrás, querría esbozar la genealogía de estas investigaciones, en el campo historiográfico, científico y feminista.

## 2. Génesis

La toma en consideración de la diferencia de los sexos como un enunciado fundamental de las ciencias humanas y sociales es en Francia -como en otras partes- relativamente reciente. La historia no ha jugado un papel pionero en lo que se refiere a este aspecto. ¿Por qué esta sordera? Pero sería bueno preguntarse: ¿cómo se ha operado el cambio, al menos un cierto cambio?

### 2.1. *El silencio de la historiografía*

Hasta el siglo XIX, apenas se trata de las mujeres en el relato histórico que, realmente, está poco estructurado. Las mujeres que aparecen en la narración de los cronistas son casi siempre mujeres excepcionales por su belleza, su virtud, su heroísmo o, por el contrario, por sus intervenciones tenebrosas y maléficas o por su vida licenciosa. La noción de «excepcionalidad» indica, por otra parte, que el estatuto habitual de las mujeres es el silencio, garante del orden.

Pero, como ya se sabe, es a partir del siglo XIX cuando la Historia se constituye realmente como un relato erudito, con sus métodos de investigación y sus reglas de expresión. Entre sus más brillantes representantes: Michelet. ¿Qué lugar concede a las mujeres? En realidad, un lugar importante, como demuestran dos grandes libros, *La Sorcière* y *Les femmes et la Revolution française*. Michelet piensa in-

cluso que la relación entre los sexos es uno de los motores de la historia. Pero asimilando las mujeres al concepto de Naturaleza y los hombres al de Cultura, reproduce la ideología dominante de su tiempo. Para él, la naturaleza femenina tiene, además, dos polos: un polo blanco, la maternidad, lo doméstico; un polo negro: la superstición, la crueldad, la sangre, la locura, la histeria. Si las mujeres se conforman con el primer papel, todo va bien. Son entonces la encarnación del Pueblo Generoso <sup>4</sup>. Cuando se inclinan hacia el segundo, la historia se descontrola y las catástrofes se suceden. Ejemplos: Catalina de Médicis; o, incluso, las «tricoteuses» en la Revolución francesa que impulsaban al terror. Taine, como la mayoría de los psicólogos de masas, adoptará esta visión de las masas históricas porque son femininas <sup>5</sup>.

Al menos Michelet tenía el mérito de tornar las relaciones entre los sexos en serio, lo que rechaza, por el contrario, como una loca visión romántica, la escuela «positivista», definida en Francia por universitarios como Charles Langlois o Charles Seignobos, grandes maestros de los estudios históricos en la Sorbona. Desde una perspectiva política en la que la historia es la memoria de la República y de la Nación <sup>6</sup>, el relato histórico se organiza en torno a los acontecimientos públicos. La política de los Estados, interior y exterior (la diplomacia, las guerras), se convierte en lo esencial, recurriendo en particular a los archivos administrativos, que son una crónica del poder. Por consiguiente, las mujeres, que están la mayoría del tiempo ausentes de estos lugares, desaparecen del relato histórico. Hay en esta historia como un rechazo de lo privado y de lo cotidiano. En los años treinta, la Escuela denominada de Annales lleva a cabo una nueva ruptura. Pero lo que interesa de forma prioritaria a March Bloch y Lucien Febvre, y más todavía a Ernest Labrousse y Fernand Braudel, sus sucesores, es lo económico y lo social. A partir de los años setenta la Nouvelle Histoire - como se denomina a la tercera generación - se muestra más receptiva aunque no preste un interés espontáneo a la dimensión sexuada en la evolución temporal.

<sup>4</sup> RANCIÈRE, Jacques, *Courts voyages au pays du Peuple*, París, 1990.

<sup>5</sup> BAHHOWS, Susanna, *Miroirs déformants. Réflexions sur la foule en France à la fin du XIX<sup>e</sup> siècle*, París, 1990; traducido de *Distorting Mirrors. Visions of the crowd in Late Nineteenth Century France*, Universidad de Yale, 1981.

<sup>6</sup> NORA, Pierre, *Les lieux de la Mémoire*, 5 vols., París, 1984-1993.

Las razones de esta indiferencia, incluso de esta resistencia, son complejas y múltiples. La primacía del marxismo (lo social primero) no facilitó las cosas. Ya se sabe las dificultades que planteó por otra parte, en oposición al psicoanálisis <sup>7</sup>. El papel de la Historia en la cultura nacional francesa hace que esta disciplina permanezca, en el seno de las ciencias sociales, prestigiosa, por tanto masculina. Hasta fechas recientes no ha sido fácil para las mujeres, a las que se dejaba habitualmente las lenguas y la literatura, hacerse un hueco. Y, no obstante, las cosas han cambiado. ¿Cómo?

## 2.2. *Sobre algunos factores de cambio*

Los factores de cambio vinieron en un principio de otras disciplinas, más sensibles a la diferencia de los sexos debido a su propia trayectoria. Así la sociología y aún más la antropología. La sociología fue pionera gracias a los trabajos de Evelyne Sullerot, de Madeleine Guilbert y de Andrée Michel, por lo demás muy diferentes. A la primera se deben las investigaciones muy nuevas sobre la prensa de las mujeres, sobre *Le Fait Féminin* (París, Fayard, 1978) <sup>8</sup>. Cercana al marxismo, la segunda se interesó por las desigualdades de las mujeres en el trabajo y en el movimiento obrero (). Ligada a Simone de Beauvoir, Andrée Michel era la más radical. Apoyó a Christine Delphy en su crítica al patriarcado, «el enemigo principal». Aunque muy importantes para las mujeres historiadoras, estas investigaciones tuvieron, sin embargo, poca audiencia entre los historiadores. Estos prestaron mayor atención a la antropología en parte debido a la obra de Lévi-Strauss. No obstante, la antropología situaba en un primer plano el estudio de la familia como grupo humano fundamental y, por consiguiente, la formación de la pareja, las relaciones padres-hijos, la parentela, etc. Algunas etnólogas, como Martine Segalen e Yvonne Verdier, llamaron la atención sobre las formas de cultura fe-

---

<sup>7</sup> Sin embargo, los trabajos de Elisabeth Roudinesco invitan a matizar este punto de vista. Aunque detractores del psicoanálisis, los marxistas fueron a menudo sus introductores. Cfr. *Histoire de la psychanalyse en France. La bataille de cent ans*, París, 1986.

<sup>8</sup> Se trataba de intentar delimitar la parte de lo biológico en lo femenino. Hoy en día impugnaríamos muchos de los puntos de vista de este coloquio.

<sup>9</sup> *Les jonctions des femmes dans l'industrie*, París, 1966; *Les femmes et l'organisation syndicale avant 1914*, París, 1966.

menina. Etnólogos e historiadores colaboraron en una *Histoire de la famille*<sup>10</sup> derivada de esa corriente de antropología histórica de la que algunos, trabajos como los de Christiane Klapish-Zuber sobre la familia florentina del Quattrocento, proporcionan una brillante demostración. Gracias a estas circunstancias el tema había adquirido garra.

Por otra parte, bajo la influencia de investigadores como Philippe Ariès, Georges Duby, la vida privada apareció como campo de exploración y de discusión de problemas. ¿Qué es lo privado de una sociedad? Hacer esta historia de una frontera, ver en un espacio los confines de lo público y de lo íntimo, es incorporar la familia, la historia de la casa, la del individuo, la de la sexualidad a la cual Michel Foucault consagraba ya en 1976 un libro resonante, *La volonté de savoir*. Todo ello indicaba preocupaciones nuevas. Pero se puede hablar de la familia y de la vida privada sin abordar frontalmente el tema de las mujeres y de su historia como sujeto. Los que lo hacían se situaban un poco al margen del ámbito universitario: pienso, por ejemplo, en las biografías que Edith Thomas (archivera y además resistente y mujer de izquierdas) ha consagrado a Pauline Roland y a Louise Michel.

El factor decisivo fue, aquí como en otras partes, pienso, el propio movimiento de las mujeres. En Francia se desarrolló a partir de los años setenta, años de la fundación del Mouvement de Libération des Femmes (MLF). Gracias al libro de Françoise Picq, *Libération des Femmes. Les années-Mouvement* (París, 1993), conocemos mejor los episodios, las actrices, las apuestas y los conflictos. Verdadero movimiento social por su amplitud, no tuvo en sus principios una preocupación prioritaria por escribir la historia de las mujeres. Pero tendrá efectos casi inmediatos. Así, la cuestión de la diferencia de los sexos será, desde comienzos de los setenta, objeto de reflexión y de debates intensos, incluso de división entre las feministas esencialistas, más ligadas al psicoanálisis (Luce Irigaray, Antoinette Fouque y el grupo Psychanalyse et Politique, denominado Psychépo), a la lingüística (durante algún tiempo Julia Kristeva) y a toda una vertiente de estudios literarios (Hélène Cixous y los trabajos sobre los escritos

---

<sup>10</sup> Bajo la dirección de BURQUIÈRE, André; KLAPISCH-ZUBER, Christiane, y SEGALLEN, Martine, 2 tomos, París, 1987; KLAPISCH-ZUBER, Christiane, *La Maison et le Nom. Stratégies et Rituels dans l'Italie de la Renaissance*, París, 1990.



femeninos); y las feministas denominadas «diferencialistas», defensoras de la idea de que la diferencia de los sexos no es un dato de la naturaleza, sino una construcción social<sup>11</sup>. Antropólogos, sociólogos, historiadores e historiadoras se sitúan lógicamente en este terreno. En los años setenta-ochenta sobre todo hubo vivas discusiones, de las cuales tendremos una idea recorriendo las páginas de revistas como los *Cahiers du GRIF* (desde 1973), *Questions féministes* (1977-80) y *Nouvelles Questions féministes* (desde 1980), *Sorcieres* (1976-79), etc.

La inversión en la investigación propiamente dicha se acentúa al final de los años setenta, como una compensación por las recaídas del Movimiento, que, tras las victorias conseguidas sobre los derechos de las mujeres (Ley Veil sobre el aborto, 1974, Ley sobre el castigo de la violación, 1980)<sup>12</sup>, tuvo un inevitable retroceso. Se habían formado grupos de reflexión en ciertas universidades (Aix-Marseille, Lyon, Toulouse, París VII y París VIII, especialmente), grupos a menudo no mixtos, a mitad de camino entre seminarios y grupos de autoconciencia. Además, algunas universitarias tomaron el relevo en cuanto a cursos y programas de investigación. En 1976 se desarrolló en Aix-en-Provence un coloquio sobre «las mujeres en las ciencias humanas»; el debate entre psicoanálisis y ciencias sociales fue a menudo muy vivo.

La llegada de la izquierda al poder en 1981 constituyó un factor de reconocimiento y de relativa institucionalización. El Ministerio de Investigación dio su apoyo a la celebración de un coloquio nacional sobre «Femmes, féminisme, recherches» en Toulouse en 1982, cuyas Actas establecen un estado de la cuestión a la altura de esas fechas<sup>13</sup>. El CNRS financió una ATP-Mujeres (Acción temática programada), cuya única originalidad consistió en subvencionar las investigaciones dentro, pero también fuera, de las instituciones. La cuestión de la diferencia de los sexos era uno de los ejes prioritarios, y el coloquio *Sexe et Genre. De la hiérarchie entre les sexes*<sup>14</sup> da buena idea del grado de reflexión en las distintas disciplinas. Gracias a Yvette Roudy, relevada por el Ministro de Educación Nacional Alain Savary, se

<sup>11</sup> PICQ, Françoise, *op. cit.*, pp. 125 Yss.

<sup>12</sup> MOSSUZ-LAVAU, Janine, *Les lois de l'amour. Les politiques de la sexualité en France (1950-1990)*, París, 1991.

<sup>13</sup> Actas del coloquio *Femmes, féminisme et recherche*, Lyon, 1985.

<sup>14</sup> JIHITINC, Marie-Claude; KAIL, Michèle, y HOCHET, Hélène (eds.), París, 1991.

crearon en las universidades más dinámicas plazas de estudios feministas. ¿Ibamos hacia un feminismo de Estado? Algunas temían esta «recuperación» académica y la ruptura entre movimiento e investigación. Se **deben**, no obstante, a la izquierda las escasas posiciones adquiridas, irrisorias en comparación con los Women's Studies americanos, modelo envidiado, ensalzado especialmente por nuestras colegas de los Departamentos de estudios anglófonos, acerca de las cuales hay que subrayar una mediación **cultural**, muy eficaz. Por ellas, el pensamiento feminista americano fue pronto conocido e influyente en Francia.

### 2.3. *¿Es posible una historia de las mujeres?*

¿y qué papel desempeñó la Historia en todo esto? No estuvo en primera línea. En primer lugar debido a la amnesia semivoluntaria de un movimiento que se consideraba como punto de partida absoluto: «Liberation des femmes: année zéro», que fue el título de un célebre artículo (Christine Dupong, *Partisans*, octubre-diciembre de 1970). Además, muchas historiadoras, que habían tenido experiencia en la historia del movimiento obrero, desconfiaban de una historia militante, en busca de una edad de oro (Matriarcado, Amazonas) y de antepasadas heroicas. ¿De qué forma conciliar la fuerza de la protesta, de una subjetividad explosiva, y la trayectoria de una disciplina sólidamente constituida? Las feministas hablaban a menudo de «ciencia feminista», de «ruptura epistemológica». ¿Qué sentido tenía esto en historia?

No obstante, las preguntas aflúan. Había que tirarse al agua, organizar cursos, seminarios, proponer temas de investigación. Lo que se hizo mejor que peor. Tesinas y tesis se multiplicaron y llenan hoy en día los estantes de las bibliotecas. En veinte años se ha formado «una acumulación primitiva».

Tres fechas simbólicas darán una idea del camino recorrido:

1973: «¿Les femmes ont-elles une histoire?». Tal era el título del primer curso impartido en Jussieu. Traducía nuestra incertidumbre, así como nuestra falta de práctica y de materiales. Incapaces de tratar el tema, habíamos invitado a sociólogos -Andrée Michel abrió el curso- y a historiadores, entre los más prestigiosos -Vidal-Naquet,

Le Goff, Le Hoy Ladurie, Ozouf...—, para tratar de responder a esta pregunta a partir de sus propias investigaciones.

1983: «¿Une histoire des femmes est-elle possible?». Título, esta vez, de un coloquio celebrado en Saint-Maximin (Var.). Ya no dudábamos de que las mujeres tuvieran una historia, sino que nos preguntábamos cómo escribirla <sup>15</sup>.

1990-92: se publica *l'Histoire des Femmes en Occident*, cristalización de trabajos acumulados, bien entendido que no sólo en Francia, pero que, por supuesto, está lejos de integrarlos a todos.

En veinte años se ha constituido un campo de investigación. Ha evolucionado tanto en sus objetos como en sus métodos y sus puntos de vista. Se trató en un principio de hacer visible lo que estaba escondido, de volver a encontrar huellas y de interrogarse sobre las razones del silencio que rodeaba a las mujeres como sujetos de la historia. Y esto llevó a una reflexión sobre la historia como producto de la dominación masculina que actuaba de esta forma en un doble plano, el de los acontecimientos y el de su puesta en escena por el relato (*story* e *history*).

En el mismo movimiento se han interesado en primer lugar por las figuras femeninas más oprimidas: prostitutas, muchachas de servicio, obreras, mujeres maltratadas..., es decir, por las víctimas, expresión de la condición femenina.

Después, la cuestión del cuerpo femenino, su apropiación, su representación, ha aparecido como elemento central.

Finalmente, nos hemos interrogado sobre las mujeres como actrices de su destino individual y colectivo, sobre sus aptitudes para la resistencia y el cambio. Se ha intentado aprehender el papel de las mujeres en los movimientos sociales y las revoluciones. Se ha hecho la historia del feminismo. El problema del acceso de las mujeres a los distintos niveles del conocimiento (lectura, escritura, técnica...), de la creación y del poder ha suscitado —y suscita— numerosos trabajos.

Los puntos de vista también han cambiado, creo que de forma comparable a los de la historiografía americana. Se ha pasado de una historia de las mujeres un poco cerrada a una historia del *gender* (género) y de las relaciones entre los sexos; de una historia social a una historia más preocupada por las representaciones y consciente del

---

<sup>15</sup> Bajo la dirección de PERROT, Michelle, Marsella-París, 1984; trad. inglesa, *Writing Women's History*, Oxford, 1992.

peso de los símbolos. Se ha reflexionado mucho sobre las nociones de «cultura» y de «poder» de las mujeres. Y la cuestión del poder político retiene particularmente hoy la atención.

Pero todo esto no es tan sencillo. Se ve en las críticas formuladas acerca de la *HDFO*. Se ha visto en el momento del coloquio «Mujeres e Historia» organizado en la Sorbona (13-14 de noviembre de 1992), especialmente en las «lecturas críticas» que, por otra parte, habíamos suscitado nosotras mismas <sup>16</sup>. En fin, quisiera terminar evocando estos debates como una apuesta para la reflexión más amplia sugerida por este coloquio.

### 3. Problemas

#### 3.1. *Ligados a l'Histoire des Femmes en Occident*

Recordaré cuáles han sido nuestras preferencias respecto a este trabajo:

La larga duración, desde la Antigüedad grecoromana hasta nuestros días.

Un espacio relativamente restringido: Occidente, es decir, Europa Occidental y América del Norte.

No se trata de una Enciclopedia, sino de una historia cronotemática, que pone de relieve para cada período los temas más perceptibles, los que permiten comprender una época o medir un cambio, todo ello en función de las investigaciones disponibles de las que dependemos absolutamente.

Una historia de la diferencia de los sexos, de las *relaciones entre los sexos*, así como una historia de las mujeres que, según nuestro criterio, no puede comprenderse más que en esta perspectiva. Tal fue, al menos, la petición formulada a los autores, satisfecha de forma desigual por cada uno de nos. Aparte de esta recomendación, no hay en estos volúmenes ninguna «línea», ninguna doctrina; simplemente la afirmación común y tranquila -por el hecho mismo de escribirla- de que las mujeres tienen una historia y que supone un asunto serio el hacerla.

---

<sup>16</sup> *Femmes et Histoire*, bajo la dirección de DUBY, e., y PERROT, M., Actas del coloquio de la Sorbona, 13-14 de noviembre de 1992, París, 1993.

Numerosas críticas, espontáneas o suscitadas, han acogido esta *HDPO*. No citaré más que las principales:

1. En primer lugar, *la existencia misma del objeto*; sin duda prematuro, apresurado y que tiene el riesgo de crear un canon de referencia obligada. Es el riesgo de «canonización» formulado por Bonnie Smith, con motivo de un debate en Amsterdam <sup>17</sup>.

Es verdad. ¿Hay que recordar que esta empresa es modesta, que se pretende una historia de las mujeres (no la historia de las mujeres)? Y que el campo de investigación, del que por otra parte se ha nutrido, es infinitamente más amplio, sobre todo en el extranjero, aunque también en Francia; que se enriquece casi cada día con trabajos nuevos. En el otoño de 1993 -por no dar más que un ejemplo- cuatro tesis han sido defendidas en París en este campo: sobre la militancia de las mujeres en la región de Saint Nazaire (Loiseau), sobre las mujeres en el Partido Comunista entre las dos guerras (Tardivel), sobre el feminismo francés en el período de entreguerras (Bard) y especialmente sobre *Les rôles féminins dans la vie privée sous la Troisième République*, doctorado de Estado presentado por Anne-Marie Sohn, bajo la dirección de Maurice Agulhon. Este gigantesco trabajo de archivo (la autora ha examinado sistemáticamente todas las series judiciales -denominadas series **U**- sobre la totalidad de Francia entre 1880 y 1930), que aporta una masa de información concreta, especialmente sobre la vida y las actitudes de las mujeres de clases populares, se sitúa justamente fuera de los estudios más feministas, a los cuales aporta, no obstante, mucho. Prueba, si las hay, de la vitalidad de un campo de investigación que se desarrolla de forma autónoma y pluralista.

2. *Problemas de espacio y de tiempo*: La noción de Occidente es globalizadora, abstracta y, en estos tiempos de ofensivo racismo, quizá peligrosa. La hemos escogido por comodidad, necesidad (hay que tener en cuenta los trabajos existentes) y, a pesar de todo, con la hipótesis subyacente de que existe un «Occidente de relaciones entre sexos». Pero es verdad que esta noción niega diferencias (nacionales, regionales, incluso locales) y subrepticamente produce una categoría dudosa: las mujeres occidentales. Es también demasiado estabilizadora y no tiene suficientemente en cuenta los desplaza-

---

<sup>17</sup> SMITH, Bonnie, «Canonization in Women's History», en *Jover Literatuuroverzicht voor de vrouwenbeweging*, Amsterdam, 1994.

mientos incesantes de población, los contactos migratorios y culturales, los efectos de la colonización en ambos sentidos, la presencia del Islam en el corazón de Europa. Los problemas actuales de la ex-Yugoslavia muestran los peligros que hayal desestimar los hechos étnicos.

En cuanto a la cronología, hemos elegido la larga duración (en la tradición de la Escuela de *Annales*) y adoptado las divisiones clásicas de la historia de Europa Occidental, al menos tal y como las han definido los historiadores del siglo XIX. ¿Se podría construir otra cronología sobre las relaciones entre sexos que tuviera en cuenta los virajes más importantes, los verdaderos puntos de ruptura, los acontecimientos esenciales? A esta pregunta, continuamente hecha por nuestros interlocutores, no tenemos una respuesta satisfactoria.

3. ¿*Historia de las mujeres o historia de las relaciones entre los sexos?* Desde un ángulo teórico, la diferencia entre Sexo y Género (casi intraducible en francés), que debemos sobre todo a los trabajos americanos (cf. Joan W. Scott), constituye uno de los ejes de renovación de los últimos años. Además, la idea de que la diferencia de lo masculino y lo femenino no es un dato natural inamovible, sino una construcción histórica y cultural, es algo que conviene particularmente a la marcha de la historia. Puesto que la diferencia de los sexos es una construcción, entonces se puede «deconstruir a todos los niveles (teorías y prácticas, representaciones y hechos materiales, palabras y cosas). Una disciplina se presta mejor que otras a un análisis de este tipo: el Derecho, porque es el objeto de definiciones precisas.

Sin embargo, hay puntos de vista diferentes. Gianna Pomata escribe en su contribución a las «Lecturas críticas» del coloquio *Femmes et Histoire*:

I think that gender history is a perfectly legitimate and extremely useful area of historical research. But it should not be confused with women's history and it cannot preempt the need for a social history of women. I see the foremost task of women's history not in *deconstruction* of the male discourse about women but in the effort to overcome that *scarcity of facts* about their lives. (Pienso que la historia de género es un área de investigación histórica perfectamente legítima y extremadamente útil. Pero no debe confundirse con la historia de las mujeres y no puede tener prioridad sobre la necesidad de una historia social de las mujeres. Veo la principal tarea de la historia de las mujeres no como una «deconstrucción» del discurso machista sobre las mujeres, sino como un esfuerzo para superar la «escasez de hechos» acerca de sus vidas.)

Segunda objeción: el riesgo de una tautología que acecha al interesante señalamiento de lo femenino y lo masculino. El estudio de las categorías indecisas o subversivas (androginia, travestimiento, homosexualidad, por ejemplo) es una forma de pallarlo.

Tercera objeción, mucho más fundamental: el debate sobre los «inmutables» que oponen, directa o soterradamente, historia y psicoanálisis, cuando este último toma la categoría de sexo como dato natural y estructura elemental. La distancia que separa a Freud de Lacan permite un respiro. «*La* mujer no existe», dice el último, lo que encanta a las historiadoras, empeñadas en aprehender las pluralidades y las singularidades. Y gran número de psicoanalistas admiten al menos la existencia de una historicidad de las formas de la feminidad y de la masculinidad. Lo que hace el diálogo perfectamente posible. ¿Podernos llegar más lejos en el rechazo de los «inmutables» y hacer de la diferencia de los sexos una pura creación del lenguaje y del simbolismo?

4. *¿Historia social o historia de las representaciones?* Se ha reprochado a *laHDFO* ser ante todo una historia del discurso y por consiguiente una historia de la palabra y del imaginario masculinos.

En la medida en que este reproche es merecido, se explica al menos por dos razones: 1) la cuestión de las fuentes, por supuesto masculinas; 2) la conciencia del peso de lo simbólico, de las representaciones y de las imágenes, la larga duración de los sistemas de valores que fundamentan una dominación masculina que, ciertamente, evoluciona en sus formas, pero se reconstituye sin cesar.

La tesis de Ana María Sohn, de la que he hablado, es un ejemplo de protesta alternativa. Utilizando las fuentes judiciales se introduce diestramente lo más cerca posible de los propósitos y de las conductas de las mujeres del pueblo, traducidos en Justicia. Subraya su extraordinaria resistencia al discurso dominante (igualmente en materia de natalidad), su acción cotidiana para organizar sus parcelas de libertad y su voluntad de ser felices.

Me he referido muy brevemente a algunas de las objeciones y críticas que se han hecho a *laHDFO*. Es evidente que se refieren al conjunto y van, sin duda, incluso más allá de la disciplina histórica propiamente dicha.

### 3.2. *Historia de Las mujeres, Universidad y sociedad francesa*

El éxito relativamente importante de la historia de las mujeres y particularmente de la *IIDFO*, que, desde este punto de vista, ha jugado un papel ciertamente mediador con referencia al público en general, contrasta con la prudente reserva del mundo universitario.

Las razones del éxito habrían de ser analizadas. Más allá del soporte muy activo de los medios que no han regateado su atención (tanto en el ámbito audiovisual como en la prensa escrita), parece ser que un cierto número de hombres, pero más aún de mujeres, han apreciado este tipo de mirada sobre la historia. Muchas mujeres bastante alejadas del mundo académico han dicho al mismo tiempo que tenían a veces problemas para leer estos libros, pero que estaban felices con su existencia, como si de repente tomaran conciencia de su identidad como sujeto y de su presencia en el mundo.

La resonancia sobre la disciplina histórica parece mucho más débil. Si la historia de las mujeres se muestra a partir de este momento como legítima<sup>18</sup> (y desde este punto de vista la elección de la Sorbona como lugar para la celebración del coloquio *Femmes et Histoire* no ha sido indiferente), sus bases institucionales permanecen extremadamente débiles, debido a la rigidez de la organización de los cursos y de las disciplinas. Por otra parte, no ha llevado a cabo la «ruptura epistemológica» con la que soñaban ciertas feministas de los años setenta. Solamente podemos esperar haber conseguido una inflexión de la mirada que lleve a considerar la cuestión de las mujeres y de la diferencia de sexos como algo a tomar en serio. La evolución actual de la historia hacia una historia política e intelectual centrada en las grandes obras, los grandes textos, los acontecimientos, etc., por muy necesaria que sea no deja de plantear problemas. Llama la atención comprobar la escasa atención que se concede al tema de las mujeres en obras de envergadura tales como *Les Lieux de La Mémoire* (Nora editor) o en las conmemoraciones del Bicentenario de la Revolución francesa. ¡Quizá en los Estados Unidos se hablaría de un *backLash* en lo que se refiere a la historia de las mujeres!

---

<sup>18</sup> Los *Annales* ha sido la revista más abierta a la historia de las mujeres. Han publicado un artículo de nuestro equipo, «Culture et Pouvoir des femmes. Essai d'historiographie», 2, marzo-abril de 1986, y en su número de septiembre-octubre de 1993, «lecturas críticas» del coloquio *Femmes et Histoire*.



## *Escribir la historia de las mujeres: una experiencia francesa*

Ello nos lleva necesariamente a preguntarnos acerca del sentido de esta experiencia en cuanto a las relaciones entre sexos en la sociedad francesa. Las investigadoras francesas aspiran más a entrar en las instituciones existentes que a crear otras nuevas. La «estrategia» (si se puede hablar así) de la historia de las mujeres apunta a la integración y a la confrontación más que a la separación radical. Muchas razones pueden aducirse. He aquí al menos tres: la rigidez y la centralización del sistema universitario, ya mencionadas; pero también el deseo de evitar el enfrentamiento con el sexo opuesto, intentar una voluntad de acuerdo con él (desde este punto de vista también Simone de Beauvoir era un ejemplo, incluso si su modelo ha envejecido)<sup>19</sup>. Finalmente, la fuerza de un individualismo a la francesa, que encontramos también en la historia del acceso de las mujeres a la ciudadanía política, recientemente estudiada por Pierre Rosanvallon. Preguntándose acerca de las razones del singular retraso de las mujeres francesas en alcanzar el derecho al voto, él considera que se deben a la estructura misma de los sistemas políticos y a los principios filosóficos y políticos que los sustentan: utilitarismo y «comunitarismo» en los países anglosajones, individualismo universalista en Francia. Admitidas a votar en los primeros en razón de su especificidad, las mujeres han sido excluidas en Francia por la misma razón. La «conciencia de género», el «nosotras» de las mujeres francesas les impide, en esta democracia individualista, alcanzar el nivel o al menos tomar las mismas formas que en la sociedad comunitaria americana. Como las relaciones entre los sexos son diferentes, la forma de escribir la historia también lo es.

Hipótesis, desde luego, y que en todo estado de la cuestión puede discutirse.

*Traducción: Alicia Langre.*

---

<sup>19</sup> El artículo que Tosyane Savigneau, directora de lo («literario») en *el Monde*, ha consagrado a Simone de Beauvoir y a su elogio (número de agosto de 1993) resulta, bajo este ángulo, muy interesante.

<sup>20</sup> ROSANVALLON, Pierre, *Le sacre du citoyen. Histoire du suffrage universel en France*, París, 1992, y su comunicación al coloquio *Femmes et Histoire*, París, 1993, pp. 81-86.